

Marie Gray

Ruborízate de nuevo

Cuentos eróticos

(* entre
paréntesis*

ruborízate de nuevo
ruborízate de nuevo



Entre Paréntesis - 8

RUBORÍZATE DE NUEVO

Cuentos eróticos

Marie Gray

ediciones
Lectio





La traducción de esta obra ha tenido el apoyo de:



Primera edición: marzo de 2013

© del texto: la autora

© de la edición original: Guy Saint-Jean Éditeur Inc., Quebec, Canadá

© de esta edición:

9 Grupo Editorial

Lectio Ediciones

C/ Muntaner, 200, ático 8ª – 08036 Barcelona

Tel. 977 60 25 91 – 93 363 08 23

lectio@lectio.es

www.lectio.es

Traducción: Ramon Sala Gili

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-15088-71-4

DL T 17-2013





ÍNDICE

Juegos de manos.....	7
Ambivalencia.....	21
Ojo por ojo	27
Placeres de invierno	35
Mi buen señor.....	41
Una voz inesperada.....	49
Una indisposición temporal.....	61
¡Tate! ¿«T» de tórrido?	73
Un sillón a medida	83
Regalo del Cielo	87





JUEGOS DE MANOS

Julie está nerviosa. Dentro de poco más de una hora, tiene que estar en la primera entrevista de trabajo desde hace meses. ¡Y vaya entrevista! Una firma con prestigio, suculentos subsidios y un salario más que aceptable dada su experiencia o, mejor dicho, su falta de ella. No obstante, se siente capaz de obtener el puesto; su perfil prácticamente casa con todos los requisitos que mencionaba el anuncio. Piensa que le bastará con causar buena impresión, explicarse lo suficiente y mostrar un entusiasmo razonable.

Al acabar los estudios en la universidad, se dio cuenta del reto que le aguardaba: encontrar un trabajo en el que encajara bien. Estaba determinada a que todo lo que tan penosamente había aprendido le sirviera de algo, pero la cosa le estaba resultando más difícil de lo que creyó de buen principio. Si de esta entrevista, como ha sucedido con todas las anteriores, no sale nada, tendrá que tomar una determinación: buscar trabajo de camarera a la espera de días mejores. Tiene su orgullo... Busca su blusa blanca y el traje chaqueta beige en el pequeño armario. Si bien cuida sus prendas de una manera casi obsesiva, es el único conjunto que le queda para presentarse correctamente a una entrevista así... ¡y aún gracias! Ya tendrá tiempo más adelante de comprarse todos los que quiera. Pero por ahora, la poca ropa que tiene ha de hacerla durar mientras sirva para darle un aspecto correcto. Sabedora de que las mujeres acicaladas suelen acabar teniendo más éxito que las descuidadas, cuida cabellos, uñas y manos con sumo esmero y procura no excederse con el maquillaje: discreto y refinado a pesar del bajo presupuesto que puede destinarle.





8 Ruborízate de nuevo

Así pues, enfunda su «uniforme de entrevista», retuerce su espesa cabellera en un moño atractivo, limpia cuidadosamente sus veteranos bolso de mano y zapatos y sale un tanto nerviosa de su minúsculo apartamento en dirección al metro. Prefiere llegar con tiempo a presentarse tarde; nada mejor que eso para causar una pésima impresión inicial. Vaya donde vaya, le gusta llegar con el suficiente adelanto para poder caminar un poco y acabar de relajarse. O, dado el caso, para hacer frente a algún contratiempo interesante...

Porque Julie tiene un jardín secreto bien especial. En vano ha intentado luchar contra esa inclinación, esa necesidad de peripecias donde la adrenalina va de la mano del deseo, donde lo desconocido se frota con lo íntimo. En un tiempo lo consideró inaceptable, pero como es una debilidad que cuando aparece acaba por engullirla, pronto entendió que era inútil resistirse y acabó rindiéndose y cediendo a ella cada vez que se presenta. Fue el día en que terminó su relación con Eric, el único hombre que contó en su vida; aquel día se entregó con armas y bagaje a este vicio escondido.

La jornada, lo recuerda bien, no había empezado de buen pie. Como el despertador no sonó, tuvo que levantarse precipitadamente. El grifo del agua caliente no funcionaba bien y al ducharse casi se escaldó. La nevera estaba prácticamente vacía; tuvo que beberse el café negro, sin una sola gota de leche. Luego, al vestirse, se golpeó la tibia con la madera de la cama, cosa que le arrancó un gruñido. Al final consiguió marcharse a la hora prevista; no le sirvió de nada, al llegar a la universidad se enteró de que habían suspendido la clase. La siguiente era cuatro horas después, por lo que decidió hacer algunas compras antes de regresar a casa... y encontrar a su mejor amiga en la cama con Eric, en una posición que no permitía equívoco alguno. Atónita, sin decir palabra, dejó caer al suelo el tetrabrik de leche con el resto de provisiones y salió corriendo. Cual castillo de naipes, el hermoso sueño de ser feliz tranquilamente al lado de Eric acababa de desmoronarse. En su desconcertado ánimo, bullían sentimientos contradictorios: ¿qué había hecho ella para merecer esa traición?, ¿no valía ella más que todo esto? Había perdido toda certeza y no podía sino dudar de todo. ¿Cómo había podido ser tan cegata? Seguro que habían habido indicios de lo que se estaba cocinando sin que ella se diera cuenta. Se sentía como una desventurada idiota que, con enfado,



lamentaba su suerte. Echó a andar, casi corriendo por la calle, sin que le importase que las gotas de un chubasco estival se mezclaran con sus lágrimas y le empaparan la ropa. Sin apenas darse cuenta se encontró en una entrada del metro. Aunque había multitud de personas, era incapaz de ver a nadie. Con la cara inundada por el llanto, como una autómatas se había dirigido hacia el convoy que acababa de entrar en la estación, entrando en el primer vagón sin preguntarse hacia dónde iba el tren. Y allí fue donde se produjo el incidente que iba a poner patas arriba a todos sus valores y la imagen que tenía de sí misma.

El vagón iba atiborrado de gente; por todos lados otros cuerpos humanos se apretaban contra el suyo... Ahora, además del desespero que la atenazaba temía no poder respirar. Hacía calor y esto propiciaba que de la muchedumbre emanase un tufo bastante nauseabundo. Poco a poco el llanto había cesado, pero en los ojos de Julie se había instalado una espesa niebla que la hacía insensible a los demás viajeros. Sin verlos, fijaba la mirada en las paredes del vagón cubiertas de *graffiti* y de anuncios; la macilenta iluminación le agredía unos ojos ya de por sí mortecinos. Se sentía empujada, traqueteada y apretujada. La gente que subió y bajó del vagón en la estación siguiente acabó por sumergirla en una pleamar humana.

Lo primero que notó fue un ligerísimo roce en la entrepierna, que atribuyó a la estrecha proximidad de otro cuerpo. Instintivamente, cruzó sus piernas para cerrarle el paso. Pero el contacto se intensificó, mostrando así que no era fruto del azar: demasiado preciso, hábil y considerado en su deslizarse por la ingle, para poder pensar que era involuntario. Recuperando su cabeza, Lucie se dio entonces cuenta de que tenía el vestido empapado y de que el fino tejido de algodón floreado se le había pegado a la piel, amoldándose a los pezones de sus senos, que ahora se mostraban evidentes para todos. Se puso a temblar, mitad por vergüenza y mitad por disgusto, y sintió que se ruborizaba. Intentó confundirse entre la gente, reculando hacia la pared a sus espaldas. Pero alguien, quienquiera que fuera, continuaba tocándola; se había desplazado a la par que ella y con su mano le palpaba la pierna, intentando a la vez deslizarla por debajo de la falda. Al darse la vuelta para encararse con el invasor, solo había percibido a gente aparentemente tan alelada y hastiada como se sentía ella. Azorada, cruzó los brazos sobre su pecho, tanto para reafirmarse



10 Ruborízate de nuevo

como para tapar su tórax demasiado descubierto. Por abajo, sin embargo, se había reanudado el lento ascenso aprovechando que, para distribuir su peso, Julie había abierto un poco las piernas.

No sabía qué hacer ni qué actitud adoptar; de natural pasiva, había decidido no darse por enterada y esperar con paciencia que el asunto se arreglara solo... Pero su estado emocional en ese día tan particular simplemente le impedía dejarse ir con los acontecimientos. Por eso se giró de nuevo y al hacerlo su mirada se cruzó con la de un hombre que, simultáneamente, desvió la suya y se ruborizó. Como el individuo tenía pinta de ser normal (claramente no se trataba de un viejo rijoso ni de un adolescente con las hormonas subidas), Julie lo había mirado fijamente durante un instante, con la esperanza de que al saberse detectado el tipo iba a cesar en su empeño. Y, momentáneamente por lo menos, la cosa había funcionado. Porque tras unos instantes de calma, la mano había reanudado su osada intrusión. Una mano cálida y acariciante que apenas rozaba su trémula piel. Tan caliginosa y sumamente zalamera que Julie había acabado por acatar su contacto. Como es natural, no reconoció que se había rendido, y aun mucho tiempo después de aquel incidente continuó atribuyendo su reacción al hecho de tener las emociones en tumulto a la sazón. Pero, en realidad, se había quedado paralizada; estaba demasiado hundida para esbozar la más mínima protesta y soliviantarse ante un comportamiento que normalmente la habría dejado indignada. No se había movido y de hecho no había reaccionado sino concentrándose en disimular tanto como pudo los signos externos del torbellino de cólera y de placer que rugía en su interior.

A medida que la mano, tras palpar una de sus nalgas, fue hundiéndose entre sus piernas y acariciando carnes cada vez más húmedas, la cólera fue lo primero que se disipó. Le sorprendía la dulzura del gesto, la naturaleza casi femenina, maternal se hubiera podido decir, del hábil ejercicio de digitación. Luego, cuando el convoy aminoró la marcha y empezó a frenar para entrar en la estación siguiente, el cuerpo del extraño se proyectó suavemente contra el de Julie. Por el contacto con sus nalgas todavía temblonas, la chica pudo notar la erección del hombre, a quien ella miró por el rabillo del ojo sin animosidad alguna. Durante un instante, él mantuvo su cara cerca de la de ella, con un brillo de deseo iluminando sus pupilas. Y entonces, de golpe, Julie se sintió bien, olvi-



dándose de la traición de Eric, de su vestido empapado y de su tristeza, deseando seguir al desconocido que sin él saberlo acababa de insuflarle una energía nueva. Sin embargo, tras una última mirada insistente y una tierna sonrisa en los labios, dulce como un agradecimiento, el hombre salió del vagón y se perdió entre el gentío.

Desde aquel día, Julie no se desplaza si no es en metro. Aunque hay que aclarar que, incluso si se muestra receptiva, sus viajes no son tan memorables como aquél primero. Por desgracia. La mayoría de las veces no hay más que roces ligeros a la vez que insistentes o simples miradas que, lo cree firmemente, están repletas de todos los deseos insatisfechos del mundo. Da igual; esos nimios episodios le causan un bienestar inestimable. Le permiten sentirse bella y deseable, por mucho que a veces todo se limite a miradas fugaces de jóvenes apenas salidos de la adolescencia o de hombres ya maduros en busca de sensaciones casi olvidadas. Pero, sobre todo, esas incipientes aventuras representan para Julie una fuente inagotable de fantasmagorías con las que entretiene su cuerpo, de noche, en su cama grande y mullida. Como no es corriente que los hombres, incluso si se sienten animados a ello, se tomen este tipo de libertades, poco a poco la chica ha aprendido a refinar sus técnicas de seducción.

Por esto, los días en que ha decidido ir a buscar su goce, sale de su casa con tiempo: hay que tener un poco de paciencia, los buenos candidatos no suelen presentarse a las primeras de cambio en su recorrido en metro. Las horas punta, evidentemente, son las mejores. Por esto intenta hacer coincidir sus desplazamientos con ellas, por la mañana temprano y al caer la tarde. Se ha convertido en toda una maestra en el sutil arte de escoger a los objetivos de los que espera obtener ese delicado obsequio, el homenaje que la hará estremecer.

Un juego que normalmente termina cuando nota una erección como Dios manda contra sus nalgas o vientre. Entonces, en su interior se felicita a sí misma y se baja en la estación siguiente.

Es consciente del peligro que comporta su manera de proceder. Sabe muy bien que alguno de los sujetos que ha enardecido podría decidir seguirla, invirtiendo así los papeles de su juego. Cierto. Tanto como que el cielo podría caérsele encima, ¿por qué no? Pero va armada con lo que sus experiencias le han mostrado: la mayoría de los hombres a



12 Ruborízate de nuevo

quienes caldea la libido con tales tejemanejes, quedan más que contentos con el inesperado regalo que se les presenta. Hasta ahora, nadie ha intentado importunarla. Como no es una ilusa, sospecha que cuando sus «contactos» llegan a casa, tan salidos como desconcertados, sus novias o esposas son quienes se los benefician. No le importa. Invariablemente, Julie culmina sus incursiones de buen humor; incluso entonada, podría decirse, con un cierto sentimiento de imperial poderío.

A veces, ocurre que los roces ganan en precisión u hondura... En cierta ocasión, aprovechando que el vagón iba atiborrado de gente, en memoria de su primer asalto, dejó que una mano se insinuase en su desnuda entrepierna casi hasta el límite de su intimidad. Una mano tan caliginosa como aquella primera, con la piel un poco más curtida. Como le gustan a ella: recias, manos de un obrero que las ha expuesto a los elementos. Por más que los ejercicios de digitación esta vez eran más rudos, se acomodó a ellos y acabó apreciándolos. No vio la cara del hombre detrás de ella, no quiso darse la vuelta; y aunque su imagen estaba reflejada en el cristal de la ventana, Julie desvió la mirada. Aunque no se sentía como una azorada pubescente, no quería actuar como una descocada. Estaba fuera de toda cuestión: no iba a dar un acuerdo tácito mediante una mirada decidida o una ladina sonrisa... No. Aceptaba silenciosa esos tocamientos, los provocaba incluso, pero no hacía publicidad de ello. La curtida mano la palpó, sujetándole con fuerza las nalgas, y un dedo se aventuró canalillo abajo hasta el vello erizado que asomaba por el borde de sus reducidos pantaloncitos. La chica estaba sorprendida por la reacción de su propio cuerpo, asombrada por sentir allá abajo, entre los pliegues de sus labios menores, la jugosa manifestación de su placer. Aquella primera mano no había logrado tanto. Cuando notó que los dedos trataban de deslizarse debajo de la prenda, impulsó su pelvis hacia delante. La punta de un pulgar rozó su vulva, mientras la otra mano empujaba su cuerpo contra un miembro bien erguido, provocando una deliciosa corriente eléctrica a lo largo de su columna vertebral.

Fue en ese momento en que Julie se percató de que otra pasajera, a su derecha, la reprochaba con la mirada. Esto bastó para que se enderezara de golpe, apartando la bienhechora mano. Como el convoy se estaba parando en una estación, salió del vagón presa tanto de excitación como de vergüenza. Hizo el resto del camino andando a fin de recuperar la



calma, pero la escena le venía una y otra vez a la mente. El trayecto se le hizo largo, deseaba estar a solas, en casa, y disfrutar de lo que había pasado, acabando lo que el desconocido había dejado a medias y liberando a su bajo vientre de la tensión insoportable que lo atenazaba y que no se habría disipado con la larga caminata...

* * *

Mientras Julie pone los toques finales a su aspecto para acudir a la entrevista de trabajo, el incidente vuelve a su memoria. Tiene cita para la una y media, una hora donde en el metro todo está calmado... Hasta entonces, el día ha transcurrido sin sobresaltos. «Tanto mejor», piensa. Si bien piensa que será una lástima, hoy no va a intentar ningún contacto en el trayecto; no es el día adecuado. Aunque quizá esto podría servir para relajarla: está más bien nerviosa. Al darse cuenta de lo tarde que es y que por esto no podrá salir adelantada de casa como es su costumbre, echa un último vistazo al espejo, alisa la falda y se lanza a la calle.

Tal como esperaba, el viaje transcurre sin sobresaltos ni acontecimientos inesperados. Llega diez minutos antes de la hora y los aprovecha para observar el lugar.

Se encuentra en un vestíbulo suntuoso, chic y sobrio a la vez, con buenos muebles de caoba maciza, nada de placado. Cuadros de firma en las paredes, y no vulgares acuarelas anónimas. Los empleados parecen tan elegantes como el propio sitio. La recepcionista que la atiende es correcta pero encantadora, maestra en mantener aquella distancia profesional tan apreciada por los mandos: el calor justo para no entorpecer la climatización; con una gentileza casi sincera, como mandan los cánones. Al poco tiempo la llaman para que pase al despacho del director de personal: un caballero igual de impecable que todo lo demás sin un solo pelo fuera de sitio. El directivo examina su C. V. con atención, le hace unas cuantas preguntas que ella intenta contestar desplegando todo su encanto y entusiasmo. Tras la entrevista, que toma una media hora, Julie regresa a su casa sin que en el trayecto ocurra nada que señalar.

Al entrar, un mensaje de monsieur Boileau, el caballero con quien se ha entrevistado, la aguarda en el contestador. ¡Vaya sorpresa! Le dice que su aplicación ha sido aceptada, junto a la de otras tres postulantes, para



14 Ruborízate de nuevo

la selección final a realizar por el consejo directivo. Responde inmediatamente para confirmar la cita.

* * *

Durante toda la semana, piensa en la entrevista. Se acuerda de cada palabra pronunciada, tanto por ella como por el jefe de personal. Las tiene grabadas en la mente, como si la adrenalina hubiera marcado sus letras a fuego. Piensa que la verdad es que estuvo brillante y está convencida de que, salvo un terremoto, va a conseguir el puesto. No obstante barrunta la posibilidad de que alguna de las otras candidatas esté a la altura de ella misma y por ello decide no dejar nada al azar; pide a una compañera que le preste un conjunto falda-blusa que le sienta admirablemente bien, dándole un aire seguro y profesional. El tiempo transcurre en una nube de euforia, convencida de su buena estrella: todo acabará yendo bien y dentro de poco su carrera va a arrancar.

* * *

En la madrugada del día previsto, el perro del vecino la despierta. Un aullido desgarrador la arranca de un sueño agitado, exacerbando su ya lancinante jaqueca. El detestable chucho se pone a ladrar sin parar. Julie intenta taparse la cabeza con la almohada, cediendo a pensamientos asesinos para calmarse un poco. Finalmente se duerme de nuevo. Hasta que suena la sirena de una ambulancia o de un coche de bomberos, para el caso da igual. Durante unos segundos, el vehículo se detiene bajo su ventana, antes de proseguir.

Una vez recuperado el silencio, Julie se hunde en un duermevela que cesa cuando un camión hace marcha atrás, emitiendo su consabido aviso sonoro. Cada uno de los *pip* del gálibo le perfora el cerebro. «¡Por Dios!», piensa, «que no es una hora punta...». Y, como si hubieran leído su pensamiento, afuera empiezan los bocinazos. Al mirar por la ventana, ve que un enorme camión de reparto ha atascado la calle y que los impacientes conductores detrás bloqueados expresan su descontento a golpes de claxon... ¡Justo lo que necesitaba para ponerse de buen humor! Como ve que le va a resultar imposible conciliar el sueño de nuevo, decide



empezar el día. Se prepara un café y llena la bañera con agua caliente, con la esperanza de que eso le irá bien. Le pican los ojos y tiene las orejas medio obstruidas, pero que no cunda el pánico: nada va a agriar uno de los días más importantes de su vida.

Sin embargo, cuando apenas acaba de colocarse unos paños fríos sobre los párpados e introducirse en el agua deliciosamente cálida y perfumada de la bañera, desde la cocina le llega el ruido de un chisporroteo. «Unas gotas de café que habrán caído sobre el fogón», piensa. Pero como la cosa va a más y al crepitar del líquido le sigue el sonido de algo que gorgotea, Julie se levanta rápidamente. Al salir de la bañera, resbala. Para no caerse, se sujeta de la cortina de la ducha que, ipso facto, termina dentro del agua de la bañera. Va corriendo hasta la cocina y al entrar en ella se golpea el dedo gordo de un pie contra el marco de la puerta. Ni su dolor ni la exasperación le impiden constatar que de la cafetera mana un chorro de agua oscura mezclada con el café molido que llega hasta el parqué del suelo.

Respira hondo y vuelve a hacerlo otra vez cogiendo fuerzas para limpiar el desastre, prepararse otro café y terminar de arreglarse. Pero como hay días en que lo mejor sería no levantarse de la cama, en la siguiente media hora la joven consigue romperse una uña, cortarse mientras se afeita las piernas y meterse el pincel de maquillar en un ojo. Cuando por fin termina, se sienta a tomarse un café bien caliente y relajarse un poco antes de salir a la calle. La cita es a las diez, pero apenas son las siete y media; le sobra tiempo. Termina por convencerse de que todos estos percances que le han sucedido desde ya antes de despertarse, van a cesar tan pronto se ponga en marcha. De que mejor hará dándose ánimos y repitiéndose que la vida no tiene por qué ser como el amor: malo el principio y el fin peor. En ese momento, oye que el repartidor de prensa deja su periódico en la puerta. Cuando la abre para recogerlo, el maldito chucho del vecino que se ha soltado de su cadena acaba de ponérselo en sus fauces. Al tirar Julie del diario, el infernal can lo suelta y le muerde un pie. A la pata coja, saltando sobre una pierna, la chica se refugia en su casa. Piensa que quizá si lee su horóscopo, va a distraerse. Pasa las primeras páginas repletas como siempre de malas noticias y llega a las previsiones astrológicas. «Día lleno de imprevistos, tendrás que aprender a adaptarte», dicen los astros. Se lo toma al pie de la letra y decide em-



16 Ruborízate de nuevo

pezar la jornada. El día es bueno y el sol brilla («toca madera», piensa, «con lo gafe que soy igual se pone a llover»); como su migraña casi se ha esfumado, supone que lo mejor será andar tranquilamente por la calle para rebajar un poco la tensión.

Cuando está a punto de salir, se da cuenta de que el perro ha marcado con sus dientes caninos el cuero del zapato. Y para más infamia ha embadurnado con saliva la punta. Ve claro que está fuera de cuestión presentarse calzada así. Corre al cuarto de baño, limpia, frota y dobla la piel hasta que no se ven las incisiones. No las tiene todas consigo; se pregunta qué más le puede acontecer en esa aciaga mañana...

* * *

Ya está casi llegando al metro, cuando en el cristal de un ventanal de un bar ve reflejada una de sus piernas que asoma por debajo del enorme chal que se ha puesto a modo de capa. ¡Horror de los horrores! La media tiene una carrera, autopista en realidad, desde el talón hasta el muslo. Presa de pánico, se pregunta qué debe hacer. ¿Volver a casa? No, no tiene otras medias. Y no hay ningún lugar donde comprarlas que esté cerca. La idea de pasarse con medias agujereadas, la horripila, casi tanto como la disgustó ver el estado en que el perro del vecino había dejado su zapato. Lo único que se le ocurre es sacarse las medias en los aseos del bar que tiene enfrente y comprar otro par al salir del metro. Al pisar de nuevo la calle sin medias, se siente desnuda, pero como el verano está dando sus últimos coletazos le parece que aún está presentable. Una vez en el metro, repleto de gente, la megafonía anuncia que el servicio se verá afectado por una avería en la línea. Entra el primer convoy y la marea humana arrastra a Julie hasta el interior del vagón sin casi necesidad de andar. La chica tarda un instante en darse cuenta de que está atrapada entre tres hombres, hasta que al arrancar el tren se encuentra como quien dice en los brazos de uno de ellos, probablemente parte de una cuadrilla de obreros de la construcción que van de un tajo a otro. Cuarenta y pocos años, corpulentos todos. Uno es más bien grandote; el segundo, francamente macizo, se ha deslizado detrás de ella; el tercero y más anodino del trío está a la derecha de la joven. Todos enarbolan recias barbas en caretos que no han visto una maquinilla de afeitar en varios días y uno, el que



tiene a su diestra, exhibe unas manos bien embadurnadas con polvo de ladrillo. Todo ello les da un toque que a Julie no le acaba de desagradar. Si bien no son el tipo de hombre con quien pasaría una vida (su gusto se inclina hacia los especímenes tiernos, delgados y elegantes), no tendría ningún inconveniente en vivir una breve y tórrida aventura con ellos. Especialmente con el de cabello castaño que está a su izquierda; tiene largas pestañas en ojos color de avellana y unos blancos dientes que contrastan con su tez morena.

Empiezan a hablar entre ellos, de que van a llegar tarde al trabajo, de qué dirán los colegas; de todo y de nada. Da la impresión que no les preocupa mucho la situación, porque uno de ellos va y dice: «¡Mira! Si todo hubiera ido bien, sin este retraso, nunca habríamos viajado en compañía de una chica tan guapa...» Al oírlo, Julie sonríe halagada a pesar de la poca originalidad de la observación. Y, de pronto, cae en la cuenta de que el trío la tiene prácticamente sitiada: uno detrás, otro a la derecha, la pared del vagón a la izquierda y el último de los tres casi delante, sacándole un par de palmos. «¡Vaya!», piensa, «esto podría resultar interesante.» No obstante, aparta de su mente el pensamiento; ya ha tenido suficientes contratiempos en lo que va de mañana... Aunque no le iría mal relajarse, y una pequeña caricia, real o imaginada, seguro que la haría sentirse mejor. El problema estriba en cómo lograrlo. Si se pega al que le gusta, los otros dos se darán cuenta y pensarán que están ante una vulgar calentabraguetas. Mientras lo está debatiendo en su mente, el tren frena bruscamente y la proyecta contra el hombre que tiene enfrente. Quizá alguno de sus acompañantes intenta instintivamente retenerla para que no se caiga. Si es así, escoge un curioso punto de su cuerpo para hacerlo: una enorme mano ardiente la agarra por una cadera. Julie pone cara de no darse cuenta; su rostro ni se inmuta. Pero el hombre de pelo castaño se pega a ella, haciéndole sentir el cacho de manguera ocultada bajo los vaqueros. Cuando entrelaza las enormes manos, la joven cierra los ojos e imagina que se posan sobre ella en comandita con esa erección, liberada ya de su estuche, deslizándose por su desnudo cuerpo.

Hay otra sacudida de los motores del tren y esta vez es el machote del cabello castaño quien con una ancha mano la sujeta por la grupa, frotando contra la chica un bajo vientre que no deja lugar a dudas sobre el estado eréctil del fulano. La chica no se da por aludida en modo alguno, después